

Fernando Diego Rodríguez,
Inicial. Revista de la Nueva Generación (1923-1927)
Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2004, 806 páginas

Si, parafraseando al más célebre de los colaboradores de *Inicial*, todos los períodos son complejos, la década de 1920 lo es particularmente: la posguerra había abierto un tiempo de raros encuentros y contradicciones en el que se reunían y enfrentaban las más diversas opciones políticas, morales y estéticas. La revista *Inicial*, como otras iniciativas juveniles a lo largo del mundo, y en particular de Latinoamérica, da muestra de las tensiones de ese período de urgencia, en el que aún se confía en reunir vanguardias políticas y estéticas, y se piensa que una nueva civilización puede nacer en Moscú, o en Roma.

La impecable publicación realizada para la Colección “La ideología argentina” de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes permite acceder a un verdadero caleidoscopio de intervenciones intelectuales, abriendo la puerta para que el lector reconstruya perspectivas y disonancias y arme su propio recorrido, el que puede llevarlo de los primeros comentarios sobre “Fervor de Buenos Aires” a un artículo del joven Carlos Astrada sobre “la Arcadía prehistórica”, de un comentario de Homero Guglielmini sobre “Beethoven y Strauss” a un homenaje a Ripa Alberdi o un artículo “en defensa de Haya de la Torre”, de un artículo de Carlos Cossio sobre “Kant y la Reforma Universitaria” a una selección

de “Poesía americana de vanguardia” que incluye a Pablo Neruda o Vicente Huidobro. La publicación reproduce con cuidado las imágenes incluidas originalmente en *Inicial*, lo que permite acceder a fotografías que mostraban a la “bailarina de vanguardia” Jia Ruskaja, o a los retratos realizados por Fabio Hebequer a quien Elías Castelnuovo califica de “pintor gorkiano”. Las imágenes muestran también las publicidades de aquellos que sostenían la revista, quienes también formaban un heteróclito conjunto; a los anuncios de la primera edición de “Fervor de Buenos Aires” y de la *Revista de Filosofía* o *Valoraciones*, se agregan los de abogados como Julio V. González y Alfredo Palacios y, más inesperadamente, aun los cigarrillos 43.

Decíamos que cada lector podrá armar su recorrido. Uno de los posibles, muy sugerente, es el planteado por Fernando Diego Rodríguez quien, en su “Estudio Preliminar”, vincula las tensiones, y aun las contradicciones, del discurso de la revista, con su vocación experimental, no constreñida hacia una labor de síntesis. Rodríguez analiza, con categorías provenientes del campo de la sociología de los intelectuales, el papel que cumple *Inicial* en el nacimiento de un movimiento vanguardista: crea un espacio para que los

jóvenes se distancien de la vieja generación y un territorio de encuentro y a la vez de enfrentamientos estéticos e ideológicos. Es precisamente ese papel, característico de las revistas literarias, el que permite considerarla como vanguardista: si no lo es totalmente por su estilo, sí lo es por su incorporación de lo nuevo, su gesto de ruptura generacional. El estudio del autor concluye señalando un elemento que permite dar cuenta de muchas de las tensiones: el carácter doble de las vanguardias latinoamericanas que combinan vocación cosmopolita y un programa de nacionalismo cultural. La tensión que se manifiesta en la ambigüedad entre el vitalismo futurista –predominante cuando se habla de Europa– y el pacifismo barbussiano –con el que se piensa a América– alcanza lo estético literario: Rodríguez describe cómo la combinación de cosmopolitismo y nacionalismo permite la convivencia de tradición y renovación.

El trabajo se propone leer *Inicial* desde su vinculación con el movimiento de la Reforma Universitaria. Ésta se expresa no sólo en el origen de sus creadores –participantes del movimiento reformista en las facultades de Filosofía y Letras y Derecho de la Universidad de Buenos Aires– sino en la preocupación por estabilizar la ideología reformista, en torno de

un socialismo espiritualizado, para cumplir con sus objetivos de redención social. La acción se da en dos niveles: el primero es institucional, orientado a afianzar las conquistas de la Reforma contra la primera contrarreforma que se da al comienzo del gobierno de Alvear; el segundo, más profundo, filosófico y cultural, se propone combatir los resabios de positivismo con las armas de Croce, Bergson, Ortega y los neokantianos. A partir de ello se formulan posiciones como la de Cossio que, partiendo del kantismo, concluye en un nuevo nacionalismo de inspiración idealista y ligado con el fascismo, que se opone al materialismo positivista del comunismo.

Esta valoración del fascismo –sostiene Rodríguez discutiendo con aquellos que, como Francine Masiello, vieron a *Inicial* como coherentemente nacionalista y conservadora– no acerca a la revista a las versiones locales cercanas al conservadurismo. No sólo porque lo característico de *Inicial* son las tensiones y mezclas y no una ortodoxia, sino porque sus miembros buscan, desde el comienzo, diferenciarse de la Liga Patriótica y de Leopoldo Lugones, acercándose al fascismo desde una posición “revolucionaria”, que lo valora como “ideología de la acción” que aún podía reclamarse como liquidadora de la sociedad burguesa. En términos generales, la valorización del fascismo es análoga a la de la Gran Guerra, en la que se celebra la liquidación de valores decadentes, en particular del parlamentarismo.

Esto es reforzado por cierto antiintelectualismo que prefiere la brutalidad desnuda alemana sobre la hipocresía literaria francesa, que se percibe como propia de un pueblo decadente.

Por otro lado, su visión del socialismo tampoco es unánime, aunque sí la crítica a lo que tiene de positivismo, que alcanza aun a figuras cercanas como Alfredo Palacios. Lo que es claro es que el modelo no puede ser el de la revolución rusa, a la que ven como positivista economicista y por lo tanto judía –lo que permite hablar del “judío Lenin”–, sino uno espiritual, en la estela de Georges Sorel. En la recepción de *Inicial* encontramos el Sorel antiparlamentario y vitalista, que se liga con cierto espiritualismo anarquista, y no el nexo entre Marx y Lenin, que por esos años postula Mariátegui.

Podemos ver que las tomas de posición política se ligan con el gesto vanguardista de *Inicial*. La revista se propone establecer una lista de enemigos, enfatiza que las palabras son acción, quiere una juventud combativa que odie y ame. Con estos tópicos la revista se acerca al futurismo, al vitalismo, al elogio del espíritu guerrero. Pero esto convive con expresiones de pacifismo barbusiano cuando se opone al imperialismo y habla de Latinoamérica, lo que los acerca a la Unión Latinoamericana de Ingenieros. El conflicto es, por un lado, la gran higiene del mundo y, a la vez, la amenaza para América. Los males que amenazan a Europa tienen una resolución diferente en América, como continente joven. Mientras que cuando trata de Europa la

fatalidad biológica, planteada en una clave que combina positivismo y vitalismo, es empleada para criticar el pacifismo marxista que niega la guerra como fatalidad, al tratar de América, se apela al historicismo para fundar la posibilidad de paz y unión, la que no puede ser llevada adelante por los gobiernos sino por los jóvenes. Esta valoración americanista no se manifiesta solo en discursos sino en iniciativas de vinculación, intercambios editoriales, misiones de confraternidad. En su latinoamericanismo los jóvenes de la revista se acercarán a Palacios, Ingenieros y Ponce.

Luego del recorrido por las posiciones filosófico-culturales, Rodríguez recuerda que la revista no sólo tenía intenciones de influir en el campo intelectual, sino que también proponía un proyecto político propio, elemento que no debe descartarse más allá de que no se haya plasmado en movimientos poderosos como en otros países. El texto permite esbozar una hipótesis: la constitución de una fuerza política en la estela de la Reforma habría sido bloqueada por la existencia de una política de masas e identidades políticas densas, principalmente la yrigoyenista, que habrían hecho al campo político menos permeable a la iniciativa de los jóvenes intelectuales, debiendo éstos concentrarse en los debates teórico-filosóficos o en la profundización del gesto vanguardista.

Ricardo Martínez Mazzola
UBA